Revista Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad
2025 julio-diciembre Vol. 20(2) ISSN: 1909-3063 · e-ISSN: 1909-7743 ■ pp. 69-93
Editorial Neogranadina

DOI: https://doi.org/10.18359/ries.7606

Del imperio a la potencia global: un análisis histórico de las escuelas de política exterior chinas*

Mario Guillermo Guerrero[a]

Resumen: El presente trabajo analiza la evolución histórica de la política exterior china desde mediados del siglo XVII hasta la actualidad, a partir de la identificación de cinco escuelas de política exterior que han orientado su accionar internacional. El estudio adopta un enfoque histórico-conceptual con el fin de comprender cómo los conceptos políticos que estructuran la acción externa —como soberanía, armonía, desarrollo o multipolaridad— han sido históricamente construidos, disputados y resignificados. El análisis muestra que la política exterior china no puede entenderse únicamente como una respuesta adaptativa a los cambios del entorno internacional, sino como la expresión de tradiciones ideacionales persistentes que vinculan pensamiento, poder e identidad civilizatoria. Si bien se observan rupturas significativas asociadas a transiciones de régimen y transformaciones del sistema global, también se advierten continuidades profundas en la manera como China concibe su papel en el orden mundial. El trabajo concluye que las escuelas de política exterior constituyen matrices de pensamiento que articulan los fundamentos doctrinarios e institucionales de la acción diplomática china, proporcionando un marco interpretativo integral para comprender la proyección internacional del país en tiempos de creciente multipolaridad.

Palabras clave: China; política exterior; escuelas de política exterior; posicionamientos; historia

Recibido: 17/10/2024 **Aceptado:** 15/10/2025 **Disponible en línea:** 24/12/2025

Cómo citar: Guerrero, M. G. (2025). Del imperio a la potencia global: un análisis histórico de las escuelas de política exterior chinas. *Revista Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad, 20*(2), 69-93. https://doi.org/10.18359/ries.7606

* Artículo de investigación.
Resultado directo del financiamiento obtenido en el marco de la Beca Posdoctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y la Universidad Nacional de San Luis (UNSL).

a Doctor en Ciencia Política. Becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y la Universidad Nacional de San Luis (UNSL), Villa Mercedes, Argentina.
Correo electrónico: marioguillermo.guerrero@fulbrightmail.org
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-2821-6351

From Empire to Global Power: A Historical Analysis of the Schools of Chinese Foreign Policy

Abstract: This paper analyzes the historical evolution of China's foreign policy from the mid-seventeenth century to the present, through the identification of five foreign policy schools that have guided its international behavior. The study adopts a historical-conceptual approach in order to understand how the political concepts structuring China's external action—such as sovereignty, harmony, development, and multipolarity—have been historically constructed, contested, and redefined. The analysis demonstrates that Chinese foreign policy cannot be understood merely as an adaptive response to shifts in the international environment, but rather as the expression of enduring ideational traditions that connect thought, power, and civilizational identity. While significant ruptures can be observed, associated with regime transitions and transformations in the global system, there are also profound continuities in the way China conceives its role within the international order. The paper concludes that the schools of foreign policy constitute cognitive and institutional matrices that articulate the doctrinal foundations of China's diplomatic action, offering an integrated interpretive framework for understanding the country's international projection in an era of increasing multipolarity.

Keywords: China; Foreign Policy; Foreign Policy Schools; Positions; History

De império a potência global: uma análise histórica das escolas de política externa chinesas

Resumo: O presente trabalho analisa a evolução histórica da política externa chinesa desde meados do século XVII até a atualidade, a partir da identificação de cinco escolas de política externa que orientaram sua atuação internacional. O estudo adota uma abordagem histórico-conceitual com o objetivo de compreender como os conceitos políticos que estruturam a ação externa — como soberania, harmonia, desenvolvimento ou multipolaridade — foram historicamente construídos, disputados e ressignificados. A análise mostra que a política externa chinesa não pode ser entendida apenas como uma resposta adaptativa às mudanças do ambiente internacional, mas como a expressão de tradições ideacionais persistentes que vinculam pensamento, poder e identidade civilizatória. Embora sejam observadas rupturas significativas associadas a transições de regime e transformações do sistema global, também se identificam continuidades profundas na maneira como a China concebe seu papel na ordem mundial. O trabalho conclui que as escolas de política externa constituem matrizes de pensamento que articulam os fundamentos doutrinários e institucionais da ação diplomática chinesa, proporcionando um marco interpretativo abrangente para compreender a projeção internacional do país em tempos de crescente multipolaridade.

Palavras-chave: China; política externa; escolas de política externa; posicionamentos; história

Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar la evolución histórica de la política exterior china a partir de la identificación y caracterización de distintas escuelas de política exterior que a lo largo del tiempo han orientado las decisiones estratégicas, las doctrinas diplomáticas y las concepciones del orden mundial sostenidas por el Estado chino. La propuesta busca reconstruir los principales marcos ideacionales que estructuraron la proyección internacional de China, prestando especial atención a los elementos de continuidad y ruptura entre los diferentes periodos históricos.

El análisis parte del supuesto de que la política exterior no puede comprenderse únicamente como un conjunto de respuestas instrumentales ante un entorno internacional cambiante, sino como el resultado de tradiciones de pensamiento y acción diplomática sedimentadas a lo largo del tiempo. Tales tradiciones, aquí conceptualizadas como escuelas de política exterior, actúan como matrices interpretativas que condicionan el modo como los Estados definen sus intereses, evalúan las oportunidades externas y legitiman sus acciones en la arena internacional. En el caso de China, estas escuelas condensan visiones del mundo, doctrinas políticas y herencias institucionales que expresan la historicidad de su experiencia civilizatoria y las adaptaciones que el país ha debido realizar con respecto a transformaciones internas y globales.

El trabajo se propone, por tanto, los siguientes objetivos: 1) identificar las principales tradiciones de pensamiento que configuraron la política exterior china entre los siglos XVII y XXI; 2) analizar las transformaciones conceptuales e ideológicas que dieron lugar a distintas escuelas de política exterior; 3) examinar las continuidades y rupturas que pueden observarse en la manera como China ha concebido su inserción internacional, y 4) ofrecer una lectura teórico-histórica que vincule los planos ideacional, institucional y estratégico del accionar externo del Estado chino.

Metodológicamente, el estudio adopta un enfoque histórico-conceptual como estrategia analítica para abordar la política exterior china. Esta perspectiva parte de la premisa de que los conceptos políticos —y, en particular, aquellos que estructuran las orientaciones de política exterior— no son categorías fijas ni atemporales, sino construcciones históricas que adquieren sentido en contextos específicos. A través de ellos se condensan visiones del mundo, doctrinas políticas y trayectorias institucionales que orientan la acción estatal y definen los marcos de inteligibilidad desde los cuales los actores interpretan el escenario internacional.

De aquí que en este estudio partamos de la premisa de que los conceptos políticos, como estructuras ideológicas dinámicas y relacionales que son (Freeden, 1998), funcionan como indicadores y catalizadores de los movimientos históricos (Koselleck, 2006), y en donde el lenguaje político debe entenderse como una práctica discursiva intencional situada en contextos concretos (Skinner, 2002). Desde esta mirada, el análisis se centra en los momentos de condensación, resignificación o disputa conceptual que acompañan las grandes transformaciones de la política exterior china, que suelen coincidir con transiciones de régimen, redefiniciones doctrinarias o reconfiguraciones del entorno global.

El punto de vista histórico-conceptual, por tanto, permite comprender cómo los fundamentos ideacionales de la política exterior china no se limitan a reflejar condiciones estructurales, sino que participan activamente en su configuración. Cada escuela de política exterior traduce un determinado posicionamiento de cara al sistema internacional y articula una visión específica sobre el papel de China en el mundo, sobre los valores que orientan su acción y sobre los límites de lo posible en materia de proyección exterior. En ese sentido, aquí los conceptos de soberanía, civilización, armonía, desarrollo, socialismo o multipolaridad se entienden no como nociones estables, sino como categorías que, a lo largo del tiempo, han sido reinterpretadas según las coyunturas históricas y los desafíos estratégicos del país.

Este enfoque metodológico no desconoce la relevancia de los factores materiales o estructurales —tales como las capacidades económicas, tecnológicas o militares— en el diseño de la política

exterior. Sin embargo, propone integrarlos dentro de un marco analítico más amplio que incorpore la historicidad del pensamiento político y estratégico chino. De este modo, se busca ofrecer una interpretación comprehensiva del comportamiento externo del Estado chino, que considere sus intereses y capacidades, y los marcos simbólicos e ideacionales que los organizan y legitiman.

En términos de estructura, el trabajo se organiza en dos secciones: la primera presenta los conceptos del enfoque adoptado, introduciendo los fundamentos teóricos y analíticos de lo que aquí se entiende por escuelas de política exterior. En ella se precisan los criterios que permiten identificar una escuela —su anclaje ideacional, su expresión institucional y su proyección estratégica—, así como la forma como estas escuelas operan como mediaciones entre la estructura interna del Estado y su accionar externo.

La segunda aborda el desarrollo histórico de las distintas escuelas de política exterior chinas, que se despliegan desde el periodo del Culturalismo confuciano (1644-1912) hasta la etapa contemporánea de Del sueño chino a la cooperación Sur-Sur: política exterior en tiempos de multipolaridad (2012-2025). Cada una de estas se analiza a partir de sus fundamentos ideológicos, sus actores predominantes, sus objetivos estratégicos y su proyección internacional, atendiendo a los elementos de continuidad que remiten a una identidad civilizatoria persistente y a las rupturas introducidas por las transformaciones del sistema mundial y los cambios internos de régimen.

En conjunto, el texto busca contribuir a una comprensión más profunda y matizada de la política exterior china, no como una simple respuesta adaptativa a las presiones internacionales, sino como una práctica históricamente situada que expresa la interrelación entre ideas, instituciones y poder. En esa dirección, el estudio aspira a iluminar los procesos mediante los cuales China ha construido, reconfigurado y proyectado su identidad global, revelando la persistencia de una racionalidad estratégica propia que, a pesar de sus mutaciones, conserva un hilo conductor entre tradición, modernización y aspiración mundial.

Notas teóricas para un análisis de la política exterior

El concepto de escuela de política exterior constituye una categoría analítica de gran utilidad para comprender la continuidad y las transformaciones en el accionar internacional de los Estados. Una escuela de política exterior puede definirse como un conjunto de tradiciones de pensamiento y prácticas diplomáticas que condicionan la manera como un país interpreta, diseña y ejecuta su política internacional en un determinado periodo histórico. Estas tradiciones emergen de la interacción entre el contexto doméstico, las percepciones de los líderes estatales sobre el escenario internacional y el rol proyectado que el propio Estado busca consolidar en la arena global, configurando patrones relativamente estables de comportamiento estatal que se reproducen con el paso del tiempo, aun cuando se produzcan cambios de gobierno o de liderazgo (Guerrero, 2024, 2022a, 2022b).

Desde una perspectiva teórica, las escuelas de política exterior permiten articular varias dimensiones fundamentales de análisis. En primer lugar, reconocen que los Estados no operan en un vacío, sino en un contexto internacional caracterizado por la anarquía y la ausencia de una autoridad central suprema capaz de ejercer la *summa potestas*, lo que condiciona sus estrategias y decisiones (Waltz, 1979; Dunne, 2014; Jackson y Sørensen, 2013c). En segundo lugar, incorporan la influencia de las instituciones internacionales, entendidas como estructuras que definen comportamientos aceptables, espacios de deliberación y mecanismos de implementación de decisiones, así como de los regímenes externos superpuestos, cuya efectividad depende de la institucionalización, la convergencia de expectativas entre los actores y el nivel de renuncia de soberanía de los Estados participantes (Little, 2014; Malamud, 2011; Wiener y Diez, 1993).

Otro elemento central en la formación de una escuela de política exterior es la dimensión ideológica y normativa. Las ideas, valores y creencias actúan como marcos de interpretación que estructuran las percepciones sobre el deber ser de las relaciones internacionales, condicionando la formulación de la política exterior y la creación de

instituciones que reproducen y consolidan estas concepciones (Wendt, 1992, 1999; Ikenberry, 2014, 2001). Ejemplos históricos como los Catorce Puntos de Woodrow Wilson (1918) y el surgimiento del idealismo liberal ilustran cómo un conjunto de principios normativos puede cristalizarse en instituciones internacionales, como la Liga de las Naciones, y en esquemas de cooperación que orientan el comportamiento estatal, como la noción de seguridad colectiva (Robert y Kingsburg, 1993, p. 30).

La fortaleza principal de utilizar el concepto de escuela de política exterior radica en su capacidad para integrar la dimensión estructural y la interpretativa del análisis internacional. Por un lado, reconoce las limitaciones y oportunidades impuestas por el contexto exterior y las instituciones que lo regulan; por otro, incorpora la agencia de los líderes estatales y el peso de la historia y la identidad nacional en la construcción de políticas coherentes con el correr del tiempo (Dunne y Schmidt, 2014; Putnam, 1988). Esta doble perspectiva permite explicar por qué determinados patrones de política exterior se mantienen a pesar de cambios coyunturales o de liderazgo, y por qué otros se transforman debido a nuevas circunstancias. Asimismo, posibilita vincular el estudio de la política exterior con la tipología del régimen político, destacando cómo la estructura de autoridad, las normas y procedimientos institucionales y los valores políticos internos modulan la capacidad del Estado para proyectar su acción internacional (Orlandi y Zelaznik, 1996; Morlino, 1985).

En el caso del análisis de la política exterior china que aquí se propone, la categoría de escuela resulta especialmente pertinente. China ha experimentado transformaciones significativas en su inserción global, pero mantiene tradiciones de pensamiento que condicionan la percepción de sus líderes sobre el sistema internacional, la relación entre Estado y sociedad, y el rol proyectado del Estado en la arena mundial. Por ejemplo, la escuela de política exterior bajo Xi Jinping refleja una continuidad respecto a ciertos principios de la escuela precedente —como la primacía de la soberanía, la no injerencia y la promoción de un orden multipolar— al tiempo que introduce nuevos énfasis, como la proyección de China como actor global responsable y la articulación de iniciativas económicas y estratégicas a gran escala, como la Franja y la Ruta.

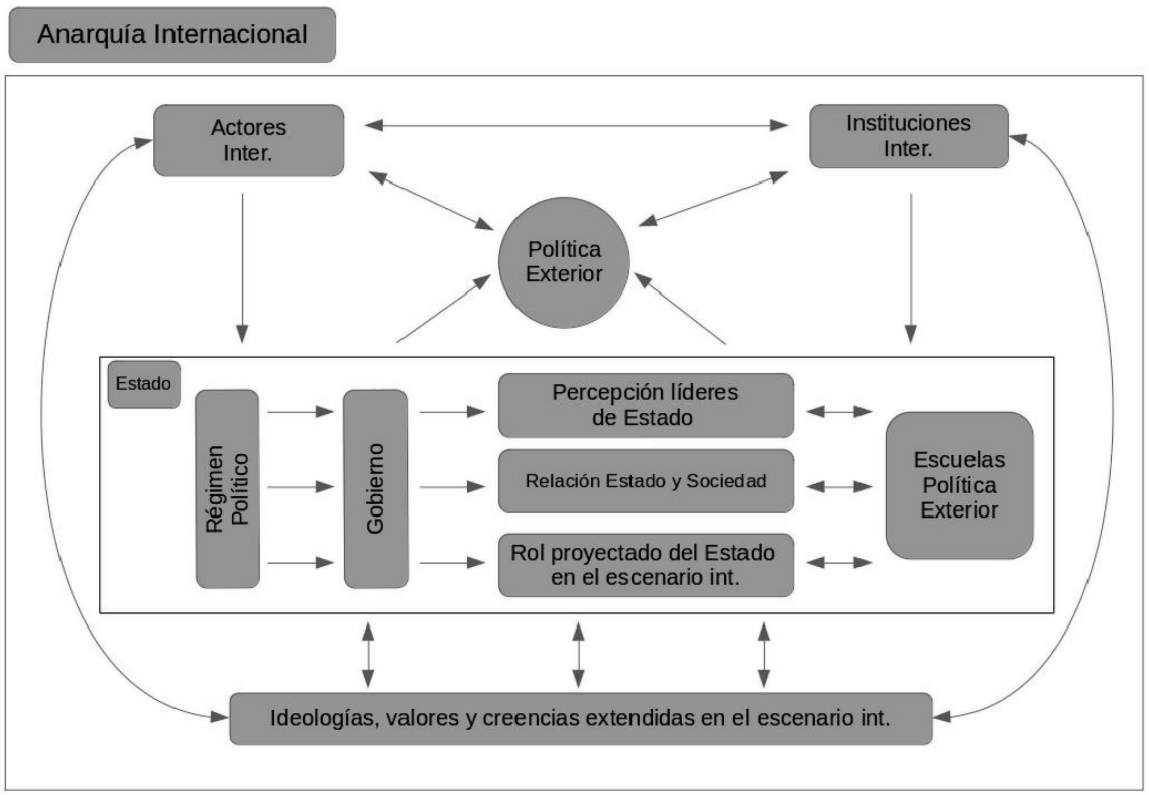
La aplicación de la categoría de escuela permite identificar elementos de continuidad y de cambio en la política exterior china. Por un lado, explica la persistencia de principios normativos fundamentales, como la defensa de la integridad territorial y la prioridad de la estabilidad política interna, que actúan como anclas interpretativas ante coyunturas internacionales cambiantes. Por otro, facilita la comprensión de innovaciones estratégicas en la política exterior, considerando cómo se incorporan nuevos objetivos —económicos, geopolíticos o ideológicos— sin romper con la lógica histórica que caracteriza a la escuela en cuestión. Así, el concepto de escuela describe el contenido de la política exterior y permite analizar los procesos mediante los cuales las tradiciones de pensamiento se transforman o se adaptan a nuevas condiciones globales.

Asimismo, el análisis desde la mirada de las escuelas integra distintos niveles de explicación: el doméstico, donde las estructuras de autoridad, la relación Estado-sociedad y la identidad nacional influyen en la formulación de políticas; y el internacional, donde la distribución de poder, los regímenes institucionales y las normas globales condicionan la viabilidad de las acciones estatales (Moravcsik, 1997, 2010; Putnam, 1988). Esta articulación contribuye a superar visiones simplistas que conciben a los Estados como actores unitarios y homogéneos, al tiempo que proporciona herramientas conceptuales para interpretar cómo la cultura política, la historia y los intereses estratégicos convergen en la proyección de la política exterior.

En suma, el concepto de escuela de política exterior constituye un marco analítico de gran potencia explicativa. Como se ve en la figura 1, esta noción articula la agencia de los líderes, la estructura de poder doméstica y la dimensión normativa e ideológica con la lógica del sistema internacional, al tiempo que ofrece criterios claros para estudiar patrones de continuidad y cambio en la acción exterior de los Estados. Aplicado al caso de China, esta óptica posibilita comprender cómo sus tradiciones de política exterior —incorporando principios históricos, percepciones estratégicas y objetivos de

proyección internacional— se combinan con innovaciones coyunturales para configurar una escuela coherente y funcional a la consolidación del país como actor global relevante.

Figura 1. ¿Qué factores inciden sobre la política exterior y a quién está destinada?



Fuente: elaboración propia.

Características e historia de la política exterior china

China constituye un caso particularmente ilustrativo para el análisis de las escuelas de política exterior debido a la singularidad de su trayectoria histórica y a su posición actual en el sistema internacional. Su evolución refleja una transición compleja: de imperio centralizado con un papel hegemónico en Asia, a país periférico afectado por invasiones y presiones coloniales, y finalmente a potencia global cuyo crecimiento económico y político lo convierte en un actor central del orden internacional contemporáneo. Esta trayectoria histórica ha dejado huellas profundas en la manera como el país asiático ha definido su identidad nacional y proyecta su política exterior (Godehardt, 2016; Weissmann, 2015; Kumar, 2015; Feng, 2015; Yuwen, 2013; Liqum, 2010; Bhattacharya, 2007).

A partir de este marco histórico, aquí se identifican cinco tradiciones que han configurado las escuelas de política exterior chinas y permiten seguir su evolución de manera cronológica: culturalismo confuciano (1644-1912); nacionalismo chino (1912-1949); comunismo chino (1949-1978); comunismo chino *revisited*: socialismo con características chinas (1978-2012), y Del sueño chino a la cooperación Sur-Sur: política exterior en tiempos de multipolaridad (2012-2025). El análisis de estas tradiciones ayuda a comprender la continuidad y transformación de su política externa y a interpretar cómo la interacción entre identidad histórica, percepciones estratégicas y circunstancias internacionales ha guiado el accionar del país

en distintos momentos de su historia moderna y contemporánea.

Culturalismo confuciano (1644-1912)

La dinastía Qing, también conocida como dinastía manchú, fue la última en gobernar el Imperio chino, ejerciendo su dominio entre 1644 y 1912. Este último año marcó la caída definitiva del orden imperial y la instauración de la República de China, tras la Revolución de Xinhai (1911), que obligó al emperador Puyi a abdicar. Su denominación remite al origen étnico de la familia gobernante, proveniente de la región de Heilongjiang, en el actual noreste de China.

Los Qing fueron también los últimos en impulsar una expansión hegemónica del Imperio en el Este asiático (Šimalčík, 2016; Jiangli y Buzan, 2014; Chen, 2020; Zhang, 2015). Esta hegemonía combinó la primacía material con una legitimidad social sustentada en el pensamiento confuciano. En ese marco, la consolidación de dinámicas relacionales entre China y sus vecinos, junto con la creación de instituciones internacionales específicas, dio lugar a una sociedad internacional regional dotada de reglas y jerarquías propias (Chen, 2020).

De lo anterior se desprende que la relacionalidad constituya un elemento esencial para conocer la lógica estratégica que sustentó el mantenimiento del orden regional en estos periodos y que se fundaba en la interacción entre una racionalidad instrumental —vinculada al interés propio de los actores— y otra expresiva —derivada de las obligaciones morales confucianas—. Ambos planos se articulaban en los conceptos de *tianxia* (todo bajo el cielo, 天下) y *chaogong tixi* (sistema tributario, 朝貢體系), pilares del culturalismo confuciano que estructuraban las relaciones entre el centro imperial (Beijing) y los reinos periféricos. Aunque su formulación inicial se remonta a la dinastía Zhou (1100-256 a. C.), continuaron siendo fundamentos de legitimación imperial durante el reinado de los Qing.

La política exterior de la China imperial se basó, así, en un conjunto de grandes estrategias emergentes de la interacción entre la estructura cultural confuciana y una racionalidad dual —instrumental y expresiva— (Zhang, 2015). Por un lado, la estrategia de la *Jerarquía Instrumental* implicaba establecer relaciones desiguales con otros Estados con fines pragmáticos, como asegurar las fronteras o legitimar el poder central. Por otro, la estrategia de la *Jerarquía Expresiva* reflejaba la visión confuciana de la jerarquía como un fin en sí mismo, fundada en vínculos afectivos y obligaciones recíprocas (gracia, 恩, y humanidad, 仁), especialmente en contextos de baja tensión relacional. A ellas se sumaba una tercera estrategia, la *Centralización*, orientada a preservar la posición dominante de China dentro de la red internacional, reforzando su prominencia e influencia regional (Šimalčík, 2016).

Los vecinos del Imperio respondieron a esta hegemonía mediante distintas estrategias adaptativas (Zhang, 2015). Algunos adoptaron la *Identificación*, aceptando su rol subordinado como expresión genuina de adhesión a la civilización china y a sus valores[1]. Otros optaron por la *Deferencia*, una sumisión de carácter instrumental, encaminada a maximizar intereses propios —como la obtención de beneficios materiales o seguridad— sin reconocer necesariamente la legitimidad moral del orden chino[2]. Asimismo, ciertos actores procuraron *Acceso* a los recursos y redes controladas por el centro[3], mientras que otros recurrieron a la *Salida* cuando los conflictos de intereses hacían inviable su permanencia dentro de la jerarquía[4]. En suma,

1 En Corea, el rey T'aejong (1399–1424) y la Dinastía Chosŏn desarrollaron una estrategia de Identificación, asumiendo el shì dà (sirviendo al más grande, 事大) como principio central de su política exterior y demostrando un alto grado de racionalidad expresiva.

2 En Mongolia, líderes políticos como Arughtai y Mahmud adoptaron la Deferencia al explotar los recursos chinos a través de las relaciones tributarias para su autofortalecimiento. Para los mongoles, el tributo era una confirmación rutinaria de un derecho consuetudinario a comerciar, siendo el beneficio material el motivo primordial, en lugar de la sumisión cultural.

3 En Japón, el príncipe Kanenaga adoptó la estrategia de Acceso, buscando entrar en contacto con China para obtener recursos para su propio interés, pero sin observar las reglas y normas chinas de la diplomacia tributaria.

4 En Japón, el líder japonés Yoshimochi adoptó una estrategia de Salida (aislamiento) al cortar firmemente los lazos con China y resistir sus demandas, posiblemente

la adopción de estrategias instrumentales o expresivas dependía del grado de conflicto presente en cada relación bilateral, reflejando la plasticidad del sistema tributario confuciano.

Una de las razones que explican la persistencia de este orden relacional radica en el propio origen étnico manchú de la dinastía. Al establecer su dominio sobre la mayoría han, los Qing enfrentaron el desafío de legitimar su autoridad sobre un territorio conquistado. La reafirmación de los preceptos confucianos —y, en particular, del *tianxia*— les permitió presentarse como depositarios del mandato celestial necesario para gobernar, integrando así su origen *extranjero* dentro del marco moral y civilizatorio del orden chino.

El concepto de *tianxia* alude a la totalidad de lo existente. Desde la perspectiva tradicional china, el emperador era el *Hijo del Cielo* (天子), mediador entre lo divino y lo humano, y, por tanto, depositario del mandato celestial para gobernar sobre la tierra. La distancia entre el centro y la periferia expresaba además de una diferencia espacial una moral y civilizatoria entre la *cultura* (representada por un nosotros chino, huaxia, 华夏) y la *barbarie* (yidi, 夷狄) (Šimalčík, 2016; Jiangli y Buzan, 2014; Chen, 2020; Zhang, 2015). Como bien expresa Godehardt (2016), el Emperador ejercía su autoridad buscando integrar a todos los pueblos que habitaban bajo el cielo, con la premisa de que la felicidad de sus súbditos generaría una atracción moral capaz de llevar a otros a acercarse voluntariamente a su protección. De aquí que Beijing se erigiera en el núcleo político y cultural del orden, hacia el cual convergían las provincias periféricas ya que se encontraban *gravitacionalmente* atraídas a su centro.

En consecuencia, los límites del Imperio chino no se definían en términos territoriales o geográficos, sino civilizatorios y morales. Las comunidades periféricas eran consideradas capaces de apreciar y asimilar voluntariamente la superioridad cultural china, reflejada en la escritura, la pintura, las instituciones y los sistemas de pensamiento emanados desde la metrópolis. La pretendida superioridad del culturalismo confuciano justificaba, así, el dominio del centro sobre los pueblos no chinos y la incorporación gradual de los *bárbaros* al orden civilizado (Chen, 2020; Jiangli y Buzan, 2014).

Otra razón para la perdurabilidad del sistema residía en la necesidad de asegurar un control político efectivo sobre un territorio vasto y diverso. Los emperadores Qing consolidaron un sistema feudal jerarquizado, delegando el gobierno de las provincias más distantes a autoridades locales o gobernadores que ejercían su autoridad en nombre del emperador. Aunque gozaban de cierta autonomía, debían tributar regularmente al centro imperial mediante el *chaogong tixi*, que funcionaba como instrumento económico y al mismo tiempo como símbolo de subordinación política. El incumplimiento de las obligaciones tributarias podía derivar en la intervención militar para restablecer el orden (Chen, 2020).

Este mandato hegemónico, expresado en el sistema tributario, se sostuvo gracias a cuatro prácticas institucionales fundamentales y duraderas: la Diplomacia Tributaria, la Diplomacia Comunicativa, la Guerra y el Comercio (Šimalčík, 2016; Jiangli y Buzan, 2014; Chen, 2020; Zhang, 2015). La Diplomacia Tributaria constituía la institución más significativa de la sociedad internacional china. Se trataba de un proceso político y diplomático asimétrico mediante el cual los gobernantes no chinos establecían una relación subordinada con el emperador, simbolizada por la sumisión emulativa. Sus componentes principales incluían la embajada tributaria (presentación de ofrendas), la investidura china (cefeng 冊封), en la que el emperador confería autoridad y símbolos de rango a un gobernante extranjero, y la embajada directiva, consistente en el envío de enviados imperiales con misiones superordinadas, como la requisición de bienes (por ejemplo, caballos o eunucos).

Paralelamente, operaban otras instituciones complementarias. La Diplomacia Comunicativa se utilizaba cuando las relaciones tributarias aún no se habían establecido o se encontraban interrumpidas, sirviendo para abrir canales de contacto, sondear intenciones y recopilar información de forma no jerárquica. La Guerra, por su parte, también constituía una práctica institucional: aunque el confucianismo suele asociarse al pacifismo, la

motivado por un incipiente sentido del nacionalismo japonés o por el resentimiento hacia la sumisión de su padre.

coerción ética era considerada legítima cuando el orden moral (li, 禮) era vulnerado (Šimalčík, 2016). En tales casos, las expediciones punitivas (*yi zhan*, 義戰) se emprendían no para conquistar o destruir, sino para restaurar el orden ético. Finalmente, el Comercio cumplía una función dual: para la corte imperial, el comercio oficial se entendía como un intercambio ritual de regalos (*gong pin*, 貢品) con profundo significado político; mientras que para los actores extranjeros representaba una forma de comercio funcional, mediante la presentación de tributos y la compra china de *bienes privados* (si wu, 私物) a precios superiores al mercado.

En síntesis, los principios del culturalismo confuciano vigentes durante la dinastía Qing configuraron un conjunto de relaciones regionales jerárquicas y asimétricas, reflejo de la estructura misma de la sociedad china. No obstante, el carácter hegemónico de la cultura china en el entorno regional generó entre los emperadores la ilusión de que el orden jerárquico propio era de alcance universal, sin reconocer la existencia de otras formas de jerarquía o centros de poder en el ámbito internacional. Esa inflexibilidad conceptual e institucional impidió al Imperio adaptarse a los cambios derivados de la expansión del sistema internacional moderno. Incapaces de responder eficazmente a las presiones externas y de modernizar su economía, los Qing quedaron vulnerables ante las potencias occidentales. Como resultado de esas tensiones —internas y externas—, el Imperio fue finalmente derrocado tras la Revolución de Xinhai de 1911, que marcó el fin de la dinastía Qing y el inicio de la República de China.

El nacionalismo chino (1912-1949)

La caída de la dinastía Qing en 1912, tras la Revolución de Xinhai, marcó un punto de inflexión decisivo en la historia política y diplomática de China. Con la abolición del sistema imperial, se desmoronó también el entramado cultural e ideológico que había sustentado la política exterior durante más de dos milenios. El confucianismo culturalista —que había servido de matriz para el orden jerárquico del *tianxia*— perdió su función normativa, dando paso a un nuevo marco de pensamiento sustentado en el nacionalismo moderno (Zhu, 2001). La sustitución de una cosmología moral y jerárquica por una racionalidad estatal basada en la soberanía territorial y la igualdad formal entre naciones constituyó uno de los procesos de transformación más profundos en la historia de las relaciones internacionales asiáticas (Zhang, 2015; Jiangli y Buzan, 2014).

Como se mencionó en la sección anterior, durante siglos el orden político regional había operado desde lo que Zhang (2015) denomina una *hegemonía confuciana*, estructurada por una doble racionalidad —instrumental y expresiva— que articulaba poder y moralidad. Por medio del sistema tributario (chaogong tixi), China mantenía una red de relaciones jerárquicas en las que la autoridad del emperador se legitimaba por su capacidad coercitiva y por su superioridad civilizatoria (Chen, 2020). Este orden, sin embargo, se basaba en la presunción de que la jerarquía era universal y que no existían otros centros de poder legítimos fuera del marco sinocéntrico. La irrupción del sistema westfaliano y la expansión imperial europea desafiaron radicalmente esta visión del mundo. Al enfrentarse a potencias que no reconocían la autoridad moral china ni su centralidad cultural, el viejo paradigma confuciano entró en crisis (Šimalčík, 2016).

El tránsito del confucianismo al nacionalismo implicó, por tanto, una reformulación profunda de los fundamentos mismos de la política exterior china. Como señalan Jiangli y Buzan (2014), el contacto entre las tradiciones intelectuales china y occidental generó un proceso de hibridación político-conceptual, en el cual ideas modernas como soberanía, Estado-nación e independencia se reinterpretaron a la luz de la experiencia histórica local. En este contexto, el nacionalismo emergió como una respuesta ideológica con respecto a la humillación acumulada durante el denominado *Siglo de las humillaciones* (百年国耻, 1839-1949), periodo en el que China sufrió invasiones, la imposición de tratados desiguales y la pérdida de territorios.

La Revolución de 1911, encabezada por Sun Yat-sen, simbolizó la caída del último imperio y el nacimiento de una nueva conciencia nacional, cuyo propósito central sería *salvar a la Nación China* (jiuguo tucun, 救国图存) y constituir *una nación*

rica y un ejército fuerte (fuguo qiangbing, 富国强兵). En este sentido, entre los *Tres Principios del Pueblo* (Sānmín Zhǔyì, 三民主義) formulados por Sun, el Principio de Mínzú (Mínzú Zhǔyì, 民族主義) —traducido habitualmente como *nacionalismo*— adquirió un lugar central. Dado que el término Mínzú alude a una nación más que a un simple conjunto de personas unidas por un propósito común, Sun concebía este principio como el fundamento para alcanzar la independencia nacional (Lijun y Kia, 2010), que no se basaba en una visión monoétnica del nacionalismo, sino en la construcción de una identidad compartida que integrara a todos las etnias de China con la idea de una *Nación China* (Zhonghua Minzu, 中华民族).

El emergente nacionalismo republicano chino se articuló en torno a una meta inmutable —la preservación de la independencia nacional— y a medios variables destinados a alcanzarla (Zhu, 2001). La emancipación se convirtió en el principio rector de la política exterior, no como una aspiración abstracta, sino como una exigencia práctica de supervivencia y de resistencia al extranjero. La experiencia de las Guerras del Opio, la cesión de Hong Kong a Gran Bretaña, las concesiones extranjeras en Shanghái y Tianjin, y la derrota ante Japón en 1895 revelaron el grado de vulnerabilidad del Estado chino ante las potencias imperiales (Godehardt, 2016). En consecuencia, la nueva República de China se planteó el doble desafío de reconstruir la soberanía interna y redefinir su posición externa en un sistema internacional hostil.

Sun Yat-sen, principal referente del Kuomintang (KMT), fue consciente de la magnitud del problema. Al asumir el poder tras la Revolución de Xinhai, heredó del Imperio Qing un vasto territorio multiétnico —que incluía Xinjiang, Tíbet y Mongolia—, amén de una estructura social fragmentada y una economía debilitada. La prioridad del nuevo Estado debía ser, en consecuencia, mantener la integridad territorial y construir una identidad nacional inclusiva que superara las divisiones étnicas y culturales. Detrás de la retórica del nacionalismo se encontraba una necesidad pragmática: garantizar el control sobre los territorios estratégicos y las poblaciones *no-Han*, incorporándolas al proyecto estatal republicano. Esta lógica se expresó en la idea de *cinco razas bajo una unión* (wǔzú gōnghé, 五族共和), principio que inspiró tanto la bandera de la República —compuesta por cinco franjas horizontales de colores— como la narrativa integradora del KMT en sus inicios (Bhattacharya, 2007).

El nacionalismo republicano representó, asimismo, una reorientación de lo político-social. La República de China buscó abandonar el esquema civilizatorio del tianxia y adoptó el modelo occidental del Estado soberano, aunque sin renunciar por completo a la noción confuciana de centralidad moral. Como observa Šimalčík (2016), el pensamiento político chino de principios del siglo XX combinaba el pragmatismo moderno con un sentido persistente de misión civilizadora, en el cual a la par de que el renacimiento nacional se concebía como una cuestión de poder también se aspiraba a una restauración ética. Este componente moral del nacionalismo chino explica por qué el discurso de Sun Yat-sen no se limitó a la reivindicación territorial, sino que aspiró a reposicionar a China como ejemplo de renovación cultural contra la *corrupción moral* de Occidente (Westad, 2020).

La defensa de la independencia nacional se tradujo en la adopción de medios variables para fortalecer el poder del Estado. En el terreno militar, la Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937-1945) simbolizó la materialización del nacionalismo en acción. A pesar de la guerra civil interna entre el KMT y el Partido Comunista Chino (PCCh), ambos bandos conformaron un frente común para resistir la invasión japonesa. La victoria final en 1945, luego de la rendición de Japón tras las bombas atómicas, permitió la recuperación de territorios como Manchuria y Taiwán. Este episodio reforzó la narrativa nacionalista de restauración del orgullo nacional y consolidó la idea de que resistir al invasor era la expresión más pura del patriotismo moderno.

En el plano económico, el nacionalismo de entreguerras sembró las bases de la posterior agenda desarrollista de la República Popular. Según Zhu (2001), el fortalecimiento del poder nacional requería de la integridad territorial y del prestigio internacional, junto con el desarrollo económico y tecnológico. Aunque los logros materiales de la República fueron limitados por

la guerra y la inestabilidad política, su énfasis en la modernización industrial y en la educación cívica configuró el marco intelectual que más tarde sería retomado por el PCCh desde una lógica comunista. De hecho, será a partir de este punto que el objetivo nacional de alcanzar *riqueza y poder* (fuqian, 富强) constituya una narrativa poderosa y duradera en la China moderna (Gries, 2020; Delury y Schell, 2013).

No obstante, el nacionalismo republicano estuvo marcado por una tensión identitaria profunda y de interés en lo que a política exterior se refiere. Como señala Godehardt (2016), coexistían dos sentimientos contradictorios: uno de superioridad (marcadamente Han), heredado de la larga tradición confuciana que concebía a China como el centro moral del mundo, y otro de inferioridad, derivado de la subordinación a las potencias extranjeras. Esta dualidad generó una ambivalencia persistente en la política exterior: por un lado, el deseo de emular a Occidente en su modernidad técnica y organizativa; por otro, el impulso de resistir su dominio cultural y político. El KMT no logró resolver esta contradicción. Su fracaso en ofrecer una alternativa coherente de modernización y unidad nacional permitió al Partido Comunista capitalizar el descontento social y reinterpretar la agenda nacionalista acorde con la dicotomía marxista de opresores y oprimidos (Zhao, 2023; Kane, 2017; Khan, 2006).

Con el establecimiento de la República Popular China el 1 de octubre de 1949 con la famosa proclama de Mao respecto a que *el Pueblo Chino se ha levantado* (中国人民从此站起来了), el nacionalismo cambió de signo ideológico, pero no de esencia. El PCCh heredó la meta inmutable de la independencia nacional, rearticulándola dentro de un marco antiimperialista más agresivo y de modernización comunista. Así, el nacionalismo republicano (1912-1949) constituyó una etapa de transición entre dos lógicas civilizatorias: la del orden confuciano y la del Estado-nación moderno. Lejos de representar una ruptura total, este proceso reveló una continuidad subyacente en la concepción china del poder y la legitimidad. Su actual política exterior sigue mostrando trazos de aquella herencia: la búsqueda de centralidad, la sensibilidad con respecto a la soberanía y la asociación entre prestigio internacional y virtud moral (Gries, 2020; Brittingham, 2007; Zhimin, 2006).

En última instancia, la historia del nacionalismo chino entre 1912 y 1949 demuestra que la transición de un imperio civilizatorio a un Estado-nación no fue solo un cambio institucional, sino también una reconfiguración de las ideas que sustentan la proyección internacional de China. La antigua pretensión de jerarquía universal dio paso a una búsqueda moderna de reconocimiento soberano, pero ambas comparten una misma aspiración: restaurar la centralidad de China en el mundo.

Comunismo chino (1949-1978)

La política exterior china al mando de Mao Zedong (1949-1976) representó un punto de inflexión decisivo en la configuración del pensamiento estratégico y diplomático del país. Se trató de una etapa dominada por una fuerte impronta ideológica, conocida como *diplomacia revolucionaria*, que buscaba transformar el sistema internacional en lugar de adaptarse a sus estructuras dominantes (Zhao, 2023). Este enfoque combinó elementos del marxismo-leninismo con una reelaboración del nacionalismo antiimperialista heredado de las élites que llevaron adelante la constitución de la República, integrando así la lucha ideológica global con la afirmación de la autonomía nacional. Mao entendía la política exterior como una prolongación de la revolución contra el imperialismo extranjero, y su estrategia reflejaba una convicción fundamental: mientras existiera el imperialismo, la guerra sería inevitable y conduciría a nuevas revoluciones (Zhu, 2001; Zhao, 2023; Nq-Quinn, 2017).

Desde esta forma de ver, el objetivo de la diplomacia revolucionaria era romper el aislamiento y la contención impuestas por las potencias occidentales, impulsando una narrativa de resistencia global y autoafirmación nacional. Mao rechazó explícitamente las reglas del orden mundial establecido, al que consideraba una estructura de dominación capitalista e imperialista (Kennedy, 2012; Khan, 2006). Su política exterior se distinguió por un lenguaje combativo y una retórica intransigente, orientada a subvertir el *statu quo*

mediante la revolución. En consecuencia, la República Popular China se definió como un Estado revolucionario, comprometido con la promoción de la revolución mundial (Zhu, 2001), asumiendo un papel activo en la difusión del internacionalismo comunista. En 1965, el People's Daily llegó incluso a presentar la revolución mundial como guía explícita de la política exterior, reflejando la aspiración de convertir a China en el nuevo centro de pensamiento del movimiento comunista global (Chen, 2020; Rozman, 2017).

La estructura de poder durante este periodo se caracterizó por una fuerte centralización en la figura de Mao Zedong, cuya experiencia militar y liderazgo político definieron los rasgos esenciales de la política internacional china. Según Zhao (2023), Mao fue un líder que concentró en su persona las decisiones fundamentales de política exterior, confiando más en su intuición estratégica que en los procesos burocráticos. Esta concentración del poder dio lugar a una diplomacia marcada por una combinación de audacia y cautela: audacia, en la medida en que China se involucró en diversos conflictos armados regionales y extrarregionales; y prudencia, al establecer principios de política exterior cuyos consensos perduran hasta la actualidad, como los formulados en torno a los Principios de Coexistencia Pacífica.

Respecto a la audacia, Mao mostraba una confianza marcial derivada de su experiencia en la Revolución China (Kennedy, 2012), pero que en determinados momentos lo llevaron a subestimar la capacidad real de las potencias extranjeras. El caso más recordado remite a cuando llegó a calificar al poder imperialista de *tigres de papel* (纸老虎), una expresión que sintetizaba su visión de la fragilidad estructural del enemigo de cara a la voluntad revolucionaria y al deseo de *superar al Reino Unido y a los Estados Unidos (EE. UU.)* (超英赶美). Esta actitud se reflejó en las múltiples intervenciones chinas realizadas durante su liderazgo, incluyendo las guerras de Corea y Vietnam y los conflictos fronterizos con India y la Unión Soviética (URSS) (Khan, 2006; Liu, 2017).

Aunque el discurso maoísta se articulaba en clave internacionalista, la política exterior del periodo mantuvo un núcleo nacionalista en su orientación. Mao abandonó los fundamentos étnicos que habían sustentado la idea de nación promovida por el KMT[5], para adoptar en su lugar criterios clasistas más transversales[6], que permitieran conformar una unión política más amplia que la buscada durante la República. No obstante, la esencia del mensaje permaneció: la defensa de la soberanía, la independencia y la integridad territorial ante toda forma de injerencia extranjera (Chen, 2020; Kane, 2017). La dicotomía *opresores-oprimidos* sirvió como marco ideológico para reconfigurar la identidad nacional, posicionando a China como líder moral del Tercer Mundo (Guerrero, 2022a). En este sentido, el comunismo fue reinterpretado como un proyecto de emancipación social y como un medio para restaurar el orgullo y la autonomía nacional tras siglos de humillación imperialista (Rozman, 2017).

Respecto a la cautela, la *Teoría de los tres mundos*, formulada a fines de la era maoísta, condensó su visión del mundo. Según ella, EE. UU. y la URSS constituían el Primer Mundo; Europa, Japón y Canadá el Segundo; y el resto de los países, incluido China, el Tercer Mundo (Chen, 2020; Zhao, 2023). Esta clasificación permitió a Beijing posicionarse como vocera de aquellos espacios del escenario internacional que no buscaban caer dentro del bipolarismo propio de la Guerra Fría, promoviendo

5 Llegando incluso a criticar la orientación nacionalista del Kuomintang al denunciarla de chovinismo Han (Lijun y Kia, 2010; Mondogal, 2016).

6 Un claro ejemplo de este proceso fue la redefinición de la bandera nacional de la República Popular China, que adoptó un fondo rojo brillante como símbolo de la revolución del pueblo. La disposición de las cinco estrellas representa la unidad del pueblo chino bajo la dirección del Partido Comunista de China (PCCh). Su orientación sugiere que dicha unidad debe girar siempre en torno a un centro —en este caso, el Partido—, entendido como la fuerza que guía al pueblo. En la descripción original realizada por Zeng Liansong, la estrella más grande simboliza al Partido Comunista, mientras que las cuatro estrellas menores, dispuestas en torno a ella, representan a las cuatro clases sociales: los trabajadores (工, gōng), los campesinos (农, nóng), la pequeña burguesía o comerciantes (城市小资产, chéngshì xiǎozīchǎn, o más generalmente 商, shāng), y la burguesía nacional (民族资产, mínzú zīchǎn, más convencionalmente 学, xué).

una cooperación tercermundista basada en la independencia política, la solidaridad revolucionaria y la autosuficiencia económica. Durante esta etapa, China apoyó activamente movimientos insurgentes y gobiernos poscoloniales en Asia, África y América Latina, ofreciendo ayuda material, técnica y simbólica como forma de consolidar su estatus internacional (Zhu, 2001; Zhao, 2023; Myšička, 2015).

No obstante, el idealismo revolucionario coexistió con un progresivo giro pragmático. La ruptura sino-soviética de los años sesenta fue el punto de inflexión más claro. El retiro de los expertos soviéticos en 1960 y la suspensión de la ayuda económica marcaron el colapso de la alianza socialista y el inicio de una nueva fase de aislamiento diplomático. Mao denunció a la URSS como portadora del revisionismo moderno (Chen, 2020; Kissinger, 2012; Jie, 2019), y al terminar la década, China se encontraba en conflicto ideológico y militar con ambas superpotencias. La amenaza de un enfrentamiento simultáneo con EE. UU. y con la URSS llevó a Mao a reconsiderar sus prioridades, anteponiendo la seguridad nacional a la misión revolucionaria global (Kennedy, 2012; Nq-Quinn, 2017).

Fue en este contexto de redefinición estratégica que cobraron relevancia los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica (Hépíng Gòngchǔ Wǔxiàng Yuánzé, 和平共处五项原则). Formulados originalmente durante las conversaciones entre Zhou Enlai y el primer ministro indio Jawaharlal Nehru[7] en 1954, los principios[8] se convirtieron en el núcleo ideológico de la proyección diplomática china hacia el Tercer Mundo (Chen, 2020; Khan, 2006; Zhao, 2023).

Los Cinco principios sirvieron como puente entre la retórica revolucionaria y un incipiente realismo estratégico, expresando la voluntad china de redefinir el orden global sin abandonar su autonomía ideológica. Durante los años setenta, tras el acercamiento a EE. UU. y la admisión de la República Popular China en las Naciones Unidas, estos principios se consolidaron como el eje normativo de su discurso exterior (Rozman, 2017). Su legado perdura hasta el presente: Xi Jinping los ha reivindicado como la piedra angular de la política exterior contemporánea, símbolo de continuidad histórica y de la persistente aspiración china a un orden mundial basado en la independencia, la igualdad y el respeto mutuo (Zhao, 2023).

En síntesis, la política exterior maoísta debe entenderse como un proceso de articulación entre ideología, nacionalismo y pragmatismo estratégico. Si el confucianismo había concebido la armonía universal como principio rector del orden mundial, y el nacionalismo de Sun Yat-sen había reivindicado la unidad del pueblo chino como fundamento de la independencia, el maoísmo reformuló ambas tradiciones en clave revolucionaria, postulando la transformación del sistema internacional como

7 Aunque en India fueron percibidos como una iniciativa bilateral usualmente denominada y conocida como *Panchsheel, testigos contemporáneos señalan que Zhou llevó la lista completa a las negociaciones, presentándolos como una formulación china destinada a legitimar un nuevo marco de relaciones internacionales más equitativas (Kane, 2017).*

8 Los cinco principios de coexistencia pacífica pueden resumirse del siguiente modo: respeto mutuo por la soberanía y la integridad territorial (互相尊重主权和领土完整); no agresión mutua (互不侵犯); no injerencia en los asuntos internos (互不干涉内政); igualdad y cooperación para el beneficio recíproco (平等互惠), y coexistencia pacífica (和平共处). Estos principios han perdurado hasta nuestros días, aunque experimentaron dos modificaciones sutiles, pero significativas.

La primera se produjo tras las conversaciones mantenidas con el gobierno birmano a fines de 1954, cuando los tres países involucrados acordaron sustituir la expresión *beneficio mutuo (互利) por beneficio recíproco (互惠),* buscando enfatizar un sentido de equilibrio y simetría en las relaciones interestatales. La segunda modificación tuvo lugar en 1955, cuando Zhou Enlai y sus ministros reemplazaron la fórmula respeto mutuo por la soberanía territorial por *respeto mutuo por la soberanía y la integridad territorial (互相尊重主权和领土完整).* Este cambio respondió a la recomendación de un grupo de expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores, quienes advirtieron que la redacción original podía interpretarse como el territorio actualmente bajo control efectivo del gobierno chino, lo que dejaba fuera —al menos desde una lectura estricta— regiones como Taiwán, Hong Kong y Macao en aquel momento (Jie, 2019).

vía para la emancipación nacional (Kane, 2017; Nq-Quinn, 2017; Rozman, 2017). Los cinco principios de coexistencia pacífica representan, en este sentido, el punto de convergencia entre estas tres matrices: una síntesis donde la herencia cultural, la ideología revolucionaria y la búsqueda de autonomía configuran el hilo conductor de la diplomacia china moderna.

Comunismo chino *revisited*: socialismo con características chinas (1978-2012)

El periodo de Deng Xiaoping, iniciado en 1978, representó una de las transformaciones más significativas en la historia de la política exterior china. La diplomacia revolucionaria de Mao Zedong —caracterizada por el énfasis ideológico y la confrontación antiimperialista— fue gradualmente reemplazada por una estrategia orientada al crecimiento y la modernización, inaugurando lo que se ha dado a denominar como *diplomacia de desarrollo* (Zhu, 2001; Zhao, 2023). Esta nueva alineación, guiada por un profundo pragmatismo y una cautela estratégica, buscó crear un entorno externo pacífico y estable que posibilitara el avance de las *Cuatro modernizaciones* (四个现代化) y, con ellas, el fortalecimiento del poder nacional.

La premisa central de la política exterior durante Deng se fundó en el imperativo del desarrollo económico, que debía subordinar toda otra consideración, incluyendo la ideológica. Como consecuencia, la prioridad nacional se desplazó de la *revolución* hacia la *modernización*, lo que implicó una ruptura con la lógica movilizadora del maoísmo en lo que se dio a conocer como la adopción de un *socialismo con características chinas* (有中国特色的社会主义). Si bien Mao había concebido la diplomacia como extensión de la lucha revolucionaria, Deng la reinterpretó como instrumento para asegurar la prosperidad y la estabilidad del Estado. Tal reorientación supuso un abandono deliberado de los fundamentos revolucionarios que habían dominado la era anterior (Myšička, 2015), en favor de una racionalidad estructural e instrumental regida por los intereses nacionales (Chen, 2020; Zhao, 2023).

Desde una perspectiva teórica, este giro puede leerse como una respuesta adaptativa a las restricciones estructurales del sistema internacional. Ng-Quinn (2017) sostiene que un análisis de la política exterior china debe considerar las presiones externas que definieron los márgenes de maniobra del país. En este sentido, el énfasis de Deng en la estabilidad externa como condición del desarrollo interno responde a una comprensión realista del entorno internacional de fines del siglo xx. Sin embargo, el pragmatismo de esta estrategia no implicó una renuncia al nacionalismo. Por el contrario, la modernización económica se concibió como el medio para restaurar la fortaleza del Estado y consolidar la capacidad de China para determinar su propio destino, pero ajustado a premisas de un nacionalismo liberal (Kane, 2017; Modongal, 2016).

Durante la era de la reforma y apertura, emergió en China una nueva forma de nacionalismo conocida como nacionalismo liberal, que Lijun y Kia (2010) identifican como la primera ola del nacionalismo contemporáneo chino. Este fenómeno, activo principalmente entre fines de la década de 1970 y la represión del movimiento prodemocracia en Tiananmen en 1989, se caracterizó por una marcada afinidad hacia Occidente y por el deseo de aprender de sus modelos políticos, económicos y culturales. A diferencia del nacionalismo revolucionario de la etapa maoísta, que se fundaba en la oposición ideológica al capitalismo y en la autarquía socialista, el nacionalismo liberal encarnó una apertura sin precedentes, sustentada en el convencimiento de que la única vía para el ascenso de China pasaba por su modernización al estilo occidental. Esta ola se apoyó en un consenso inédito entre la élite reformista —con Deng Xiaoping a la cabeza— y amplios sectores sociales que veían en la reforma y la apertura la oportunidad de corregir los errores del pasado maoísta y superar el atraso histórico del país. Como señalan Lijun y Kia (2010), los reformistas impulsaron desde el Estado un programa de transformación *de arriba hacia abajo* que, al promover la separación entre Partido y gobierno, movilizó a las fuerzas sociales en favor de una rápida liberalización.

La apertura e integración global constituyeron, así, dimensiones centrales de esta nueva

diplomacia. En un movimiento de clara ruptura con la autarquía maoísta, China priorizó la expansión del comercio exterior y la atracción de inversión extranjera directa como motores del crecimiento (Liu, 2017; Jie, 2019). Esta política reflejaba la convicción de que el aislamiento condenaba al estancamiento, y que solo mediante la adquisición de tecnología, capital y conocimiento gerencial avanzado sería posible alcanzar la modernización (Jia, 1999). El pragmatismo de la política externa se tradujo, por tanto, en un inédito proceso de integración económica y diplomática con Occidente y sus instituciones.

Sin embargo, este acercamiento no implicó una renuncia al principio de soberanía ni a la cautela táctica que históricamente había guiado la política exterior china. Deng sintetizó esta postura en la máxima Taoguang Yanghui (韬光養晦) —*oculta tu fuerza, compra tu tiempo*—, que se convirtió en el eje doctrinal de la Diplomacia de Desarrollo. Apócrifamente atribuida a Deng, pero públicamente utilizada por Jiang Zemin, la adopción de este principio respondió al contexto de vulnerabilidad que siguió a los sucesos de Tiananmen en 1989 y a la desintegración de la URSS, cuando China enfrentaba sanciones internacionales y la amenaza de aislamiento. En este marco, mantener un perfil bajo era sinónimo de supervivencia: China debía *ganar tiempo*, moderar su nacionalismo y evitar confrontaciones que pudieran obstaculizar su modernización (Khan, 2006).

La estrategia de los veinticuatro caracteres condensó esta orientación en directrices que subrayaban la importancia de actuar con prudencia mientras se acumulaban capacidades: observar con atención (冷静观察); asegurar las posiciones de China (稳住阵脚); afrontar con calma los retos (沉着应付); ocultar las capacidades de China y esperar el momento oportuno (韬光养晦); ser hábil a la hora de mantener un perfil bajo (善于守拙), y nunca reclamar el liderazgo (绝不当头) (Jin y Zheyuan, 2015; Zhao, 2023). Dicha estrategia funcionó también como un mecanismo de gestión de percepciones: al evitar mostrarse como una potencia revisionista, China buscaba reducir la posibilidad de una contención de EE. UU. y sus aliados. No obstante, el potencial de conflicto con Washington se mantuvo latente, ya que la narrativa estadounidense tendía a representar a China como un *modernizador fallido*, en tensión con sus aspiraciones de alcanzar un estatus de *daguo* (大国, gran potencia) (Brittingham, 2007).

A largo plazo, la diplomacia de desarrollo sentó las bases de la identidad de gran potencia que China consolidaría en las décadas posteriores (Noesselt, Eckstein, y Priupolina, 2021; Jin y Zheyuan, 2015). El éxito del crecimiento económico impulsado por las reformas de Deng otorgó legitimidad a la noción de que el país asiático podía contribuir activamente al orden global desde su propio modelo, sin ceder en cuestiones consideradas sensibles, como los derechos humanos (Rozman, 2017).

A partir de la década de 1990, la idea de *daguo* logró imponerse sobre otras identidades alternativas para China a la hora de pensar su proyección internacional; siendo que las posibles alternativas ideológicas y discursivas fueron diluyéndose progresivamente a medida que se consolidaba la idea de un *socialismo con características chinas*. En primer lugar, la beligerante pretensión de presentarse como el salvador del socialismo mediante el poder reformista quedó descartada a comienzos de 1992, cuando Deng Xiaoping zanjó de forma definitiva las disputas internas sobre el significado del colapso del socialismo y la disolución de la Unión Soviética. En segundo término, la más moderada aspiración de convertir a China en modelo para los países en desarrollo —que requerían un prolongado proceso de modernización y convergencia— fue desplazada por la autoconfianza derivada del sostenido crecimiento económico de dos dígitos. En tercer lugar, la ambición de proyectarse como la expresión más avanzada de la civilización asiática y como vanguardia del anunciado *siglo del Pacífico* se desvaneció con la crisis financiera que sacudió la región entre 1997 y 1998. Finalmente, incluso la reivindicación de los valores confucianos primordiales como fundamento moral del nacionalismo chino no lograron consolidarse como eje articulador, pese a un efímero resurgimiento chovinista en los años 1995-1996, vinculado al clima de tensión con las grandes potencias. En consecuencia, la preocupación por afirmar una identidad de gran potencia terminó desplazando

la atención del socialismo y de las debilidades internas del país, para concentrarse en los defectos y contradicciones de los otros actores principales del sistema internacional.

De aquí que durante la etapa de reforma y apertura, la política exterior china experimentara una transformación sustantiva orientada a consolidar un equilibrio estratégico ante las grandes potencias y asegurar un entorno regional estable. En este marco, Beijing adoptó una política externa independiente, cuyo objetivo era maximizar su margen de maniobra en un sistema internacional aún dominado por las lógicas de la Guerra Fría (Liu, 2017). Esta orientación permitió a China actuar con mayor flexibilidad con respecto a EE. UU. y la URSS, evitando alineamientos rígidos y priorizando su propio interés nacional.

De manera complementaria, la dirigencia china promovió el establecimiento de *asociaciones estratégicas* con las principales potencias mundiales, buscando fortalecer su posición en la jerarquía global y obtener beneficios económicos y tecnológicos del acercamiento diplomático (Khan, 2006; Rozman, 2017). Los analistas y estrategas chinos, conscientes de la estructura del balance de poder, desarrollaron una sofisticada atención hacia la triangulación estratégica —en particular, las relaciones sino-estadounidenses-soviéticas y sino-estadounidenses-japonesas— como un mecanismo para ampliar el apalancamiento político de Beijing ante cada uno de los polos del sistema.

Paralelamente, la diplomacia de Deng Xiaoping otorgó un papel central a la periferia regional como dimensión prioritaria de la seguridad nacional. La llamada política de buena vecindad (睦邻政策) y participación activa en instituciones multilaterales (como las cumbres Den Xiaoping/McNamara en los ochenta), que cobró mayor relevancia tras el fin de la Guerra Fría, buscó consolidar la estabilidad periférica (wending zhoubian, 稳定周边) como condición indispensable para el desarrollo económico sostenido y la inserción internacional de China (Zhao, 2023). Este enfoque se inscribió en un plan más amplio de la Diplomacia de Desarrollo, según el cual la prosperidad doméstica dependía de la creación de un entorno internacional pacífico y previsible.

En coherencia con este principio, China adoptó una postura pragmática en materia de disputas territoriales, priorizando la cooperación y el crecimiento económico sobre las confrontaciones soberanas de corto plazo. Deng Xiaoping sintetizó esta lógica al proponer que cuestiones sensibles, como las disputas en torno a las Islas Diaoyu (Senkaku), *fueran aplazadas por dos o tres décadas*. Esta maniobra de contención evidenciaba la voluntad de Beijing de anteponer la estabilidad regional y los intereses del desarrollo nacional a cualquier impulso hegemónico, reafirmando la primacía de la modernización económica como eje estructurante de su política exterior.

En este entramado, la política exterior se institucionalizó de manera creciente, con un proceso de toma de decisiones más colectivo y tecnocrático. Aunque la autoridad final continuó concentrada en la cúpula del Partido, se creó el *Grupo de Orientación de Asuntos Exteriores del Politburó* y se amplió el rol de los institutos de investigación, incorporando una dimensión analítica más profesional a la formulación de políticas (Khan, 2006). Esta evolución aseguró una diplomacia más previsora y menos dependiente de la intuición de un líder carismático, sin abandonar la centralidad del PCCh en la conducción estratégica del Estado.

De aquí que la diplomacia del desarrollo impulsada por Deng Xiaoping desempeñara un papel decisivo en la configuración de un entorno internacional propicio para el ascenso de China en el siglo XXI. En virtud de una combinación de pragmatismo económico y prudencia estratégica, Deng logró sentar las bases de una política exterior dirigida al crecimiento, la estabilidad regional y la cooperación con las grandes potencias (Zhao, 2023; Ng-Quinn, 2017; Kane, 2017; Zhu, 2001). Sus sucesores —Jiang Zemin y Hu Jintao, ambos cuidadosamente seleccionados por él— continuaron y profundizaron esta orientación, manteniendo el principio de priorizar el desarrollo interno como fundamento de la proyección global de China. De este modo, la continuidad del legado denguista garantizó que la política exterior china se mantuviera centrada en la estabilidad y en la integración gradual al orden mundial, sin abandonar el control político interno ni los objetivos de modernización nacional.

Una de las mayores novedades de sus administraciones se dieron en los siguientes aspectos (Feng, 2015; Myšička, 2015; Kumar, 2015; Carvalho Lyrio, 2010):

- Establecimiento de un nuevo concepto de seguridad, en un contexto internacional donde el Estado-nación había dejado de ser la principal fuente de conflictos bélicos. En su lugar, se destacaba la emergencia de nuevos actores —como las organizaciones terroristas— con capacidad militar suficiente para desestabilizar países o regiones enteras.
- Fortalecimiento de las políticas de colaboración Sur-Sur, en continuación con la idea de que los países en desarrollo deben colaborar con mayor intensidad entre ellos a los fines de profundizar el proceso de desarrollo económico interno que cada uno haya optado llevar adelante para sí.
- Se rechaza el concepto huntingtoniano de "choque de civilizaciones" al reconocer que cada país debe poder elegir libremente su camino de desarrollo económico y social, de acuerdo con su contexto y valores, garantizando así la preservación de la diversidad cultural mundial.

En suma, la estrategia de Deng Xiaoping representó una síntesis entre ruptura y continuidad: una ruptura con la ideología revolucionaria maoísta, pero una continuidad en el objetivo histórico de garantizar la independencia nacional y fortalecer el poder del Estado. Al priorizar el desarrollo económico como base de su legitimidad externa, y al mantener una postura de bajo perfil en el sistema internacional, Deng trazó un camino de acumulación gradual de capacidades con el que China surgió, décadas más tarde, como un actor central del orden global.

Simultáneamente, la exposición de China al mundo capitalista generó un profundo sentimiento de crisis: el descubrimiento del desarrollo occidental —que el maoísmo había descrito como decadente— provocó una reevaluación de la historia reciente y una fascinación por la cultura y el pensamiento europeos. Intelectuales liberales como Jin Guantao encabezaron un vigoroso movimiento de *Ilustración* que tradujo y difundió a autores como Nietzsche, Kant, Weber o Kafka. Esta efervescencia cultural y política cristalizó en un nacionalismo optimista y prooccidental que veía en la democracia liberal el horizonte de la modernización china. Sin embargo, el entusiasmo de esta primera ola culminó trágicamente con la represión de Tiananmen en 1989, evento que marcó el fin del nacionalismo liberal y dio paso a nuevas oleadas de nacionalismo más defensivo y reactivo contra Occidente, como el nacionalismo patriótico de los años noventa y el nacionalismo social de la década de los dosmil (Lijun y Kia, 2010).

Del sueño chino a la cooperación Sur-Sur: política exterior en tiempos de multipolaridad (2012-2025)

Bajo el liderazgo de Xi Jinping, a partir de 2012, la política exterior china experimentó un giro estratégico que ha sido conceptualizado como *diplomacia de gran potencia* (daguo waijiao, 大国外交) (Medeiros y Fravel, 2017; Zeng, 2020; Ding y Panda, 2021; Liu, 2017). Mientras que Mao se centró en consolidar la soberanía nacional y proyectar la revolución en el plano internacional, y Deng priorizó la estabilidad externa y el desarrollo económico interno según la lógica de *ocultar las propias capacidades y esperar el momento oportuno*, Xi Jinping optó por una política exterior activa, asertiva y orientada a la centralidad global. Esta transformación se articula con el proyecto ideológico del *Sueño chino* (Zhongguó mèng, 中国梦), cuyo objetivo es lograr el *Gran rejuvenecimiento de la nación* (振兴中华民族), posicionando a China como una potencia económica y como un actor central en el orden global contemporáneo.

La transición desde la política de perfil bajo de Deng hacia el activismo de Xi se consolidó con el dictamen de *esforzarse por el logro* (fenfa youwei, 奋发有为), formalizado en la Conferencia Central de Trabajo de Asuntos Exteriores de 2014, considerada por los analistas como el *funeral oficial* del enfoque moderado de décadas anteriores (Binhong, 2015; Moore, 2018; Zhao, 2017). Esta nueva orientación implicó una mayor visibilidad y participación en los asuntos globales y, de hecho, la redefinición del cuerpo

diplomático chino a partir del tránsito de la *diplomacia del cordero* (羔羊外交) a la del *guerrero lobo*. En este sentido, la diplomacia del guerrero lobo (zhànláng wàijiāo, 战狼外交) significó la instrucción de los diplomáticos para defender enérgicamente los intereses nacionales, contrarrestar críticas externas y proyectar poder haciendo uso de la retórica y la acción diplomática, lo que marca una ruptura con la conducta prudente y discreta de periodos anteriores. Esta metamorfosis combina activismo, defensa enérgica de los intereses nacionales y proyección global revisionista, permitiendo a China desafiar un orden global percibido como alineado con valores occidentales y promover reformas en la gobernanza global acorde con sus propios términos (Zhao, 2023; Kim, 2017). La diplomacia del guerrero lobo opera en múltiples dimensiones: mediante confrontaciones retóricas en redes sociales, intervenciones directas en debates internacionales y articulación de coaliciones que fortalezcan la posición de China en organismos multilaterales.

El contexto interno y estructural de China ha facilitado esta transformación. La centralización y personalización del liderazgo bajo Xi, combinada con el diseño de alto nivel, contribuye a coordinar políticas exteriores ambiciosas y coherentes, asegurando que la Diplomacia de Gran Potencia se ejecute de manera integrada con los objetivos políticos, económicos y de seguridad del Estado (Zhao, 2023). En este marco, el poder del Partido Comunista se proyecta como garante de la estabilidad, la continuidad y la eficacia de la política exterior, fortaleciendo tanto la autoridad del líder como la legitimidad institucional.

El componente ideológico de esta estrategia se encuentra encapsulado en el concepto del *Sueño chino* (Zhongguó mèng, 中国梦), presentado por Xi Jinping apenas dos semanas después de asumir la secretaría general del Partido Comunista Chino en 2012, durante su visita a la exposición *El camino hacia el rejuvenecimiento* en el Museo Nacional de Beijing. Este concepto articula ambiciones nacionales, legitimidad del Partido y aspiraciones individuales desde una narrativa histórica que combina humillación y gloria, remitiendo al Siglo de humillación y a la restauración de la grandeza de China (Kim, 2017). Xi enmarca la historia reciente del país como una secuencia de logros dirigidos por el PCCh: Mao Zedong hizo que China se *pusiera de pie* (zhan qilai, 站起来), Deng Xiaoping que se *enriqueciera* (富 起来), y él mismo busca hacer que China sea *fuerte* (强起来) (Ding y Panda, 2021). Esta narrativa proporciona cohesión histórica y también fundamenta la legitimación del Partido y del liderazgo de Xi, enfatizando en la continuidad de un proyecto nacional guiado por el PCCh.

El Sueño chino se articula en tres dimensiones esenciales: un Estado poderoso y próspero (guojia fuqiang, 国家富强), la renovación nacional (minzu fuxing, 民族复兴) y la felicidad del pueblo (renmin xingfu, 人民幸福). Su concreción implica la construcción de una sociedad moderadamente próspera y un país *próspero, fuerte, democrático, civilizado y armonioso* (Zhao, 2023). Esta visión se enlaza con los *Dos objetivos centenarios* (两个一百年): el primero, alcanzado en 2021, consiste en la construcción de una sociedad moderadamente próspera; el segundo, proyectado para 2049, prevé un país moderno, fuerte y afluente, con China consolidada como potencia económica, tecnológica y militar moderna para 2035.

En el plano internacional, el Sueño chino se traduce en la *diplomacia de gran potencia* (daguo waijiao, 大国外交), que busca que China se transforme y pase de ser un actor periférico a convertirse en un protagonista central en el sistema global. Este cambio implica un activismo diplomático sostenido y la adopción de posturas fuertes en temas estratégicos, buscando consolidar su influencia política, económica y militar en todos los ámbitos internacionales. La retórica de Xi enfatiza que China debe *mostrar la espada*, con diplomáticos preparados para mostrar un espíritu de lucha y proyectar autoridad en los escenarios mundiales (Kim, 2017; Shambaugh, 2020).

El marco ideológico internacional de la diplomacia de gran potencia se encuentra estrechamente vinculado con el concepto de la *Comunidad de destino compartido para la humanidad* (人类命运共同体). Este concepto busca presentar a China como una potencia responsable, capaz de ofrecer una visión alternativa de gobernanza global basada en la cooperación de beneficio mutuo (*win-win*

cooperation), la no hegemonía y el respeto mutuo por los intereses de los Estados (Zeng, 2020). Esta narrativa permite justificar su expansión global y su intervención en asuntos multilaterales, destacando una diplomacia que combina pragmatismo estratégico, activismo ideológico y responsabilidad internacional.

La puesta en marcha del Sueño chino en políticas concretas se manifiesta en iniciativas económicas y estratégicas de gran alcance, entre las cuales destaca la Iniciativa de la Franja y la Ruta (丝绸之路经济带和21世纪海上丝绸之路, BRI por su sigla en inglés). La BRI es un programa transcontinental de infraestructura, conectividad y desarrollo económico, que vincula a China con Asia Central, Europa, África, América Latina y el Sudeste Asiático mediante corredores terrestres y marítimos que rememoran las históricas Rutas de la Seda (Parepa, 2020; Shambaugh, 2020; Ding y Panda, 2021). Con el tiempo, la iniciativa se ha ampliado para incluir la Ruta de la Seda Digital y la Ruta de la Seda Polar, reflejando su carácter flexible y expansivo (Parepa, 2020).

La BRI cumple una función estratégica central al maximizar la influencia global de China y fortalecer su autonomía estratégica. El control de rutas terrestres desde Asia Central hasta Europa y de líneas de comunicación marítima más allá del Mar de China Meridional refuerza la capacidad de China para operar sin interferencias externas, generando vínculos asimétricos que favorecen sus intereses (Parepa, 2020). La financiación proviene de bancos estatales chinos, como el China Development Bank y el China Exim Bank, así como de instituciones multilaterales como el Banco Asiático para Inversión en Infraestructuras (AIIB) y el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS, que consolidan su capacidad para proyectar poder económico y geopolítico (Ding y Panda, 2021; Shambaugh, 2020; Guerrero, 2024, 2022a).

En paralelo, Xi Jinping introdujo el concepto de *Nuevo tipo de relaciones entre grandes potencias* (新型大国关系, NTGPR por su sigla en inglés), inicialmente dirigido a Estados Unidos, pero rápidamente extendido a otras potencias y países estratégicamente relevantes, parte de una definición flexible de *gran potencia* que le permite aplicar su influencia diplomática en múltiples frentes. Esta iniciativa busca evitar la llamada *Trampa de Tucídides* y establecer un marco de relaciones basado en la no confrontación, el respeto mutuo y la cooperación de beneficio mutuo, asegurando que China sea reconocida como gran potencia sin comprometer la estabilidad interna ni los intereses nacionales centrales (Zeng y Breslin, 2016; Moore, 2018; Pan, 2013).

La diplomacia de gran potencia también se refleja en el enfoque hacia la periferia regional ya que considera que este territorio representa su esfera de influencia directa. Siguiendo la línea de la diplomacia de desarrollo de Deng y Hu, Xi prioriza la estabilidad de su entorno inmediato, intensificando la concentración de esfuerzos en la periferia ampliada como paso crucial a la preeminencia global. Este enfoque combina la afirmación de soberanía con la resolución pragmática de disputas territoriales y la proyección de poder marítimo, evidenciando una estrategia que prioriza los intereses económicos y la estabilidad regional sobre la confrontación directa (Ferguson, 2021). En este sentido, la incursión de China en la región representa un enfoque geopolítico complejo que combina la idea de *periferia integrada* (zhoubian zhengce, 周边政策), una *política de buena vecindad* (mulin zhengce, 睦邻政策) y la *estabilización de la periferia* (wending zhoubian, 稳定周边).

El Sueño chino y la diplomacia de gran potencia cumplen asimismo una función de legitimación interna. La narrativa del Gran rejuvenecimiento moviliza a la población en torno al PCCh como garante de prosperidad y restauración histórica, reforzando la autoridad central de Xi y consolidando la cohesión política y social (Pathak, 2017). De aquí que la relación entre legitimidad interna y proyección externa sea simbiótica: la habilidad de China de actuar como potencia global responsable refuerza la legitimidad del liderazgo y demuestra al mundo la eficacia de su modelo de gobernanza (Zeng, 2020).

El activismo económico y diplomático se complementa con la modernización militar y la afirmación de soberanía en áreas estratégicas, consolidando una política integral que combina instrumentos económicos, diplomáticos y de

seguridad para maximizar su influencia y garantizar un entorno internacional favorable al cumplimiento del Sueño chino (Sarkar, 2017; Morton, 2020). La narrativa de comunidad de destino compartido y la insistencia en la cooperación de beneficio mutuo permiten enmarcar estas acciones dentro de un discurso global que legitima la expansión china y minimiza la percepción de amenaza entre otros Estados (Barua, 2021; Parepa, 2020).

En términos de instituciones multilaterales, la diplomacia de gran potencia se manifiesta en la participación activa y en la creación de estructuras paralelas al orden internacional tradicional. El AIIB y el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS constituyen mecanismos mediante los cuales China proyecta liderazgo en la provisión de bienes públicos globales, al tiempo que reduce la dependencia de instituciones dominadas por Estados Unidos y sus aliados, como el FMI y el Banco Mundial (Shambaugh, 2020; Ding y Panda, 2021; Guerrero, 2024, 2022a). Estas acciones consolidan la autonomía estratégica del país asiático y reafirman su narrativa de responsabilidad global y cooperación *win-win*.

En suma, la política exterior de Xi Jinping representa un cambio estructural, conceptual y práctico respecto a etapas anteriores. La diplomacia de gran potencia integra activismo económico, militar y diplomático desde un marco ideológico articulado en torno al Sueño chino y a la comunidad de destino compartido, buscando proyectar influencia global, consolidar la legitimidad interna y redefinir el orden internacional. La BRI, el NTGPR y la transición hacia la diplomacia guerrero lobo son manifestaciones concretas de un enfoque que combina pragmatismo estratégico, proyección de poder y narrativa ideológica, garantizando que China ocupe un lugar central en el sistema mundial contemporáneo y trace un camino hacia la realización de su Sueño de gran rejuvenecimiento nacional (Zhao, 2023; Kim, 2017; Shambaugh, 2020; Zeng, 2020; Ding y Panda, 2021).

Esta perspectiva integral evidencia que la política exterior de Xi Jinping no es un conjunto de medidas aisladas, sino un proyecto coherente que articula objetivos internos, regionales y globales. La combinación de activismo económico, fortalecimiento militar, diplomacia asertiva y narrativa ideológica constituye un modelo distintivo que diferencia la etapa de Xi de las estrategias previas y que proyecta a China como una potencia global capaz de liderar, reformar y, al mismo tiempo, legitimar un orden internacional compatible con sus intereses estratégicos y con la visión del Sueño chino.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha mostrado que la política exterior china no puede entenderse como una construcción homogénea ni como una simple respuesta adaptativa a las transformaciones del sistema internacional. Por el contrario, constituye el resultado de un proceso histórico complejo en el que confluyen tradiciones ideológicas, experiencias de subordinación y proyectos de poder articulados desde diferentes contextos domésticos e internacionales. La trayectoria de las escuelas de política exterior china revela una lógica de continuidad en la búsqueda de autonomía estratégica y reconocimiento global, acompañada de rupturas en los instrumentos, lenguajes y coaliciones mediante los cuales se ha expresado esa búsqueda.

Desde el culturalismo confuciano (1644-1912) hasta la etapa contemporánea del Sueño chino y la cooperación Sur-Sur (2012-2025), puede observarse una tensión constante entre dos vectores fundamentales: la preservación de la identidad civilizatoria y la necesidad de proyectar poder e influencia en un entorno global cambiante. Esa tensión ha funcionado como un hilo conductor de largo plazo, articulando elementos de legitimidad interna, cohesión ideológica y estrategia externa.

El culturalismo confuciano estableció los cimientos filosóficos y simbólicos de una diplomacia centrada en la armonía, la jerarquía y la estabilidad, en la cual el orden se concebía como emanación de un centro civilizatorio. El nacionalismo republicano representó una primera ruptura: ante la humillación imperialista, el eje de la política exterior se desplazó hacia la soberanía y la integridad territorial. No obstante, esa ruptura mantuvo una continuidad con el pasado en tanto preservó

una noción de excepcionalidad y misión histórica del pueblo chino.

El advenimiento del comunismo chino (1949-1978) significó una redefinición ideológica profunda. Al mando de Mao Zedong, China se proyectó como vanguardia del Tercer Mundo, buscando subvertir la jerarquía del sistema internacional y romper la dependencia respecto de las grandes potencias. Sin embargo, el principio de autosuficiencia (*zili gengsheng*) y la noción de unidad nacional conservaron la tradición de autoconfianza y centralidad heredada del pensamiento confuciano.

Con el socialismo con características chinas (1978-2012), la apertura económica y el pragmatismo diplomático introdujeron una nueva fase de articulación entre poder y desarrollo. Bajo Deng Xiaoping y sus sucesores, el país adoptó una política de inserción gradual en la economía mundial, priorizando la estabilidad interna y la modernización tecnológica como pilares de su proyección internacional. En este periodo, el pragmatismo se erigió como ruptura respecto del dogmatismo maoísta, aunque en continuidad con la búsqueda histórica de fortalecimiento nacional.

Finalmente, la etapa del Sueño chino y la cooperación Sur-Sur (2012-2025), con el liderazgo de Xi Jinping, marca un nuevo punto de inflexión. En ella, la política exterior asume un carácter proactivo, enmarcado en una visión multipolar del orden mundial. La narrativa del "renacimiento nacional" articula elementos del confucianismo, el nacionalismo y el socialismo, integrándolos en una estrategia de liderazgo global basada en la interdependencia económica, la expansión de las instituciones alternativas y la defensa de la soberanía con relación a la injerencia occidental.

En conjunto, las escuelas analizadas permiten advertir una lógica de continuidad histórica en torno a tres ejes fundamentales:

- La reafirmación de la identidad civilizatoria y la soberanía nacional.
- La búsqueda de autonomía en la toma de decisiones internacionales.
- La articulación entre legitimidad interna y proyección externa como componentes inseparables del poder estatal.

Pero también exhiben rupturas significativas vinculadas con el cambio de paradigma ideológico, la apertura económica, la redefinición de alianzas internacionales y la creciente asertividad diplomática. De esta manera, la evolución de la política exterior china puede interpretarse como un proceso de hibridación entre herencias civilizatorias, proyectos revolucionarios y estrategias de poder contemporáneas, donde la flexibilidad y el pragmatismo se combinan con un profundo sentido de continuidad histórica.

La tabla 1 sintetiza las principales continuidades y rupturas observadas entre las cinco escuelas de política exterior chinas:

Tabla 1. Continuidades y rupturas en las escuelas de política exterior china

Escuela	Periodo	Principios orientadores	Objetivos de política exterior	Continuidades	Rupturas
Culturalismo confuciano	1644-1912	Armonía, jerarquía, estabilidad, superioridad civilizatoria	Mantener el orden regional bajo la primacía de China (sistema tributario)	Centralidad de China como "civilización modelo"; énfasis en la estabilidad interna	-
Nacionalismo chino	1912-1949	Soberanía, unidad nacional, modernización	Recuperar la integridad territorial y resistir la dominación extranjera	Continuidad del ideal de unidad nacional; preservación de la identidad cultural	Ruptura con el orden imperial; adopción del Estado-nación moderno

Comunismo chino	1949-1978	Lucha de clases, antiimperialismo, autosuficiencia	Liderar el Tercer Mundo y consolidar la independencia socialista	Persistencia del nacionalismo; reafirmación de la soberanía	Ruptura ideológica respecto al nacionalismo burgués; aislamiento internacional
Socialismo con características chinas	1978-2012	Reforma y apertura, desarrollo económico, pragmatismo	Integrarse al sistema internacional sin perder autonomía política	Continuidad en la búsqueda de fortalecimiento nacional; defensa de la soberanía	Ruptura con la autarquía maoísta; cooperación económica con Occidente
Del sueño chino a la cooperación Sur-Sur	2012-2025	Multipolaridad, renacimiento nacional, interdependencia	Reforzar el liderazgo global de China y promover un orden más equitativo	Continuidad de la narrativa de grandeza nacional y autonomía estratégica	Ruptura con la diplomacia discreta; expansión global de la influencia china

Fuente: elaboración propia.

En resumen, la política exterior china puede entenderse como un proceso de acumulación histórica de tradiciones, reinterpretadas según las condiciones internas y externas de cada época. Desde la filosofía confuciana hasta el sueño de rejuvenecimiento nacional, este país ha transitado por un camino en el que cada escuela de pensamiento ha reconfigurado —pero no anulado— las anteriores. En la actualidad, el país combina elementos de todas esas tradiciones en una estrategia híbrida que busca reposicionar a China como un actor central en el plano internacional, sin renunciar a su particularidad civilizatoria ni a su aspiración de autonomía estratégica.

Referencias

Bhattacharya, A. (2007). Chinese Nationalism and China's Assertive Foreign Policy. *The Journal of East Asian Affairs*, *21*(1), 235-262.

Binhong, S. (2015). *China under Xi Jinping: its economic challenges and foreign policy initiatives*. Brill.

Brittingham, M. (2007). The role of nationalism in Chinese foreign policy: a reactive model of nationalism and conflict. *Journal of Chinese Political Science*, *12*(2), 147-166.

Carvalho Lyrio, M. (2010). *A ascensão da China como potência: fundamentos políticos internos*. Fundação Alexandre de Gusmão.

Chen, S. (2020). The Chinese Tributary System and Traditional International Order in East Asia during the Ming and Qing Dynasties from the Sixteenth to Nineteenth Century. *Journal of Chinese Humanities*, *5*(2), 171-199.

Delury, J. y Schell, O. (2013). *Wealth and power. China's long march to the twenty-first century*. Penguin Random House.

Ding, A. y Panda, J. (2021). *Chinese politics and foreign policy under Xi Jinping. The future political trajectory*. Routledge.

Dunne, T. (2014). Liberalism. En *The Globalization of World Politics: an introduction to international relations* (pp. 113-125). Oxford University Press.

Dunne, T. y Schmidt, B. C. (2014). Realism. En *The Globalization of World Politics: an introduction to international relations* (pp. 99-112). Oxford University Press.

Ferguson, R. J. (2021). Adaptive *Confucian Relationships: Models for Contemporary International Relations*. En C. M. Clark y E. A. Clark Benavides (Eds.), Political economy: Theories, principles, and politics (pp. 51-76). Nova Science Publishers.

Feng, Y. (2015). China and ASEAN: The evolution of relationship under a discursive institutionalist perspective. *The Journal of China and International Relations*, *3*(1):74-103.

Freeden, M. (1998). *Ideologies and political theory: A conceptual approach*. Oxford University Press.

Godehardt, N. (2016). No end of history: a Chinese alternative concept of international order. *SWP Research Paper 2016/RP 02*.

Gries, P. (2020). Nationalism, social influences, and Chinese foreign policy. En D. Shambaugh. (2020). *China and the World* (pp. 63-84). Oxford University Press.

Guerrero, M. G. (2024). *Cooperando entre emergentes: el BRICS como caso de estudio*. [tesis doctoral] Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.

Guerrero, M. G. (2023). ¿Puedo entrar?: antecedentes, formas de ingresar al BRICS, y algunas lecciones para la Argentina. *Relaciones Internacionales*, *32*(65), 77-103.

Guerrero, M. G. (2022a). *Historia y lecciones del BRICS. Países emergentes e instituciones internacionales*. EDIUNC.

Guerrero, M. G. (2022b). A neoinstitutionalist proposal to study the BRICS. *Contexto Internacional*, *44*(2), 1-24.

Ikenberry, G. J. (2001). *After victory: Institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*. Princeton University Press.

Ikenberry, G. J. (2014). *Power, order, and change in world politics*. Cambridge University Press.

Jackson, R. y Sørensen, G. (2013a). IR as an academic subject. En R. Jackson, G. Sørensen y J. Møller *Introduction to International Relations: Theories and Approaches* (pp. 32-64). Oxford University Press.

Jackson, R. y Sørensen, G. (2013b). Liberalism. En R. Jackson, G. Sørensen y J. Møller, *Introduction to International Relations: Theories and Approaches* (pp. 99-131). Oxford University Press.

Jackson, R. y Sørensen, G. (2013c). Realism. En R. Jackson, G. Sørensen y J. Møller, *Introduction to International Relations: Theories and Approaches* (pp. 65-98). Oxford University Press.

Jia, Q. (1999). From Self-imposed isolation to global cooperation: the evolution of Chinese foreign policy since the 1980s. *International Politics and Society*, *2*, 168-178.

Jiangli, W., y Buzan, B. (2014) The English and Chinese Schools of International Relations: Comparisons and Lessons. *The Chinese Journal of International Politics*, *7*(1), 1-46. https://doi.org/10.1093/cjip/pot017

Jie, L. (2019). Historia de la República Popular China. Peña Lillo - Ediciones Continente.

Jin, X. y Zheyuan, D. (2015). The dominant thinking sets in Chinese foreign policy research: A criticism. *The Chinese Journal of International Politics*, *8*(3), 251-279. https://doi.org/10.1093/cjip/pov002

Kane, T. (2017). China's foundations. Guiding principles of Chinese foreign policy. En Liu, G. (2017) *Chinese foreign policy in transition* (pp. 101-118). Routledge.

Kennedy, A. (2012). *The international ambitions of Mao and Nehru. National efficacy beliefs and the making of foreign policy*. Cambridge University Press.

Khan, H. (2006). A historical view of China's foreign policy towards big power. *Strategic Studies*, *26*(2), 73-99.

Kim, S. (2017). China's path to great power status in the globalization era. En G. Liu. (2017). *Chinese foreign policy in transition* (pp. 353-386). Routledge.

Kissinger, H. A. (2012). *China*. Debate.

Koselleck, R. (2006). *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Editorial Trotta.

Kumar, S. (2015, 8 a 10 de enero). Theorising Chinese international relations and understanding the rise of China: a preliminary investigation. Ponencia presentada en la *ISA Global South Caucus Conference*, *Voices from Outside: Re-shaping International Relations Theory and Practice in an Era of Global Transformation*. Singapore Management University.

Lijun, Y. y Kia, L. C. (2010). *Three waves of nationalism in contemporary China: Sources, themes, presentations and consequences* (EAI Working Paper n.° 155).

Liqum, Z. (2010). China's foreign policy debates. En *Chailot Papers*. Institute for Security Studies.

Little, R. (2014). International regimes. En *The Globalization of World Politics: an introduction to international relations* (pp. 289-303). Oxford University Press.

Liu, G. (2017). *Chinese foreign policy in transition*. Routledge.

Malamud, A. (2011). Conceptos, teorías y debates sobre la integración regional. *Norteamérica*, *2*, 219-249.

Medeiros, E. y Fravel, M.T. (2017). China's new diplomacy. En G. Liu. (2017). *Chinese foreign policy in transition* (pp. 387-398). Routledge.

Modongal, S. (2016). Development of nationalism in China. *Cogent Social Sciences, 2(1).* https://doi.org/10.1080/2331 1886.2016.1235749

Moore, G. (2018). New developments in Chinese foreign policy. *Asian Perspective*, *42*(2), 155-158. https://doi.org/10.1353/apr.2018.0006

Moravcsik, A. (1997). Taking preferences seriously: a liberal theory of international politics. *International Organization*, *51*(4), 513-553. https://doi.org/10.1162/002081897550447

Morlino, L. (1985). *Cómo cambian los regímenes políticos*. Centro de Estudios Constitucionales.

Myšička, S. (2015). Chinese support for communist insurgencies in Southeast Asia during the Cold War. *International Journal of China Studies*, *6*(3), 203-230.

Noesselt, N., Eckstein, T. y Priupolina, E. (2021). Decrypting China's self-image as "great power". *Working Papers on East Asian Studies*, 130/2021. University of Duisburg-Essen, Institute of East Asian Studies (IN-EAST).

Nq-Quinn, M. (2017). The analytic study of Chinese foreign policy. En G. Liu. (2017). *Chinese foreign policy in transition* (pp. 25-58). Routledge.

Orlandi, H. and Zelaznik, J. (1996). Gobierno. En *Introducción a la Ciencia Política* (pp. 211-261). Eudeba.

Parepa, L. (2020). The Belt and Road Initiative as continuity in Chinese foreign policy. *Journal of Contemporary East Asia Studies*, *9*(2), 175-201. https://doi.org/10.1080/24761028.2020.1848370

Putnam, R. (1988). Diplomacy and domestic politics: The logic of two-level games. *International Organization*, *42*(3), 427-460. https://doi.org/10.1017/S0020818300027697

Robert, A. y Kingsburg, B. (1993). Introduction: the UN's role in international society since 1945. En *United Nations, divided world* (pp. 1-30). Clarendon Press.

Rozman, G. (2017). China's quest for great power identity. En G. Liu (2017). *Chinese foreign policy in transition* (pp. 119-140). Routledge.

Skinner, Q. (2002). *Visions of politics: Regarding method*. Cambridge University Press. https://doi.org/10.1017/CBO9780511790812

Šimalčík, M. (2016). *Confucianism in Chinese foreign policy. A strategic-cultural analysis of the South China Sea dispute*. [tesis de maestría] University of Groningen.

Waltz, K. (1979). *Theory of international politics*. Addison-Wesley Publishing Company.

Wendt, A. (1992). Anarchy is what states make of it: The social construction of power politics. *International Organization*, *42*(2), 391-425. https://doi.org/10.1017/S0020818300027764

Wendt, A. (1999). *Social theory of international politics*. Cambridge University Press.

Weissmann, M. (2015). Chinese foreign policy in a global perspective: a Responsible reformer "Striving for Achievement". *The Journal of China and International Relations*, *3*(1), 151-166. https://doi.org/10.5278/ojs.jcir.v3i1.1150

Westad, O. A. (2020). Legacies of the past. En D. Shambaugh. (2020). *China and the world* (pp. 25-36). Oxford University Press.

Wiener, A. y Diez, T. (1993). *European Integration Theory*. Oxford University Press.

Wilson, W. (1918). *Los catorce puntos - Discurso del 8 de enero de 1918 ante el Congreso de los EE.UU*. https://www.dipublico.org/3669/catorce-puntos-del-presidente-wilson-1918/.

Yuwen, D. (2013, 23 de abril). How to understand China's foreign policy. *Foreign Policy*.

Zeng, J. (2020). *Slogan Politics. Understanding Chinese Foreign Policy Concepts*. Palgrave Mac Millan.

Zhang, F. (2015). *Chinese hegemony. Grand strategy and international institutions in East Asian history*. Stanford University Press.

Zhao, Q. (2017). Chinese foreign policy in the Post-Cold war era. En G. Liu. (2017). *Chinese foreign policy in transition* (pp. 295-322). Routledge.

Zhao, S. (2023). *The dragon roars back. Transformational leaders and dynamics of Chinese foreign policy*. Stanford University Press.

Zhimin, C. (2006). Nationalism, Internationalism and Chinese Foreign Policy. *Journal of Contemporary China*, *14*(42), 35-53. https://doi.org/10.1080/1067056042000300772

Zhu, T. (2001). Nationalism and Chinese Foreign Policy. *China Review*, *1*(1), 1-27.

Zhu, Z. (2011). Chinese Foreign Policy: External and Internal Factors. *China: An International Journal*, *9*(2), 185-194. https://doi.org/10.1353/chn.2011.0011